

CAPÍTULO X

De Moguér á Palos.—Palos de la Frontera.
—La iglesia de San Jorge.—La Puerta
de los Novios.—Recuerdos de Colón.—
Restos monumentales.—El 3 de Agosto
de 1492.

DESDE que, con el primer recuerdo, aparece ante nosotros, como evocada por sí propia en nuestro espíritu, la egregia espléndida figura de aquel insigne navegante, cuyo nombre, un tiempo obscuro y desconocido, eclipsa por su incomparable grandeza, las glorias efímeras y percederas, las vanidades y las arrogancias estériles, de príncipes y de optímates,—parece que todo lo llena con los resplandores de su fama, y que todo está impregnado de ella, desapareciendo en las sombras de lo innominado cuanto esclarecido no se ofrezca por los vivísimos destellos que de aquella gigantesca figura irradian y se originan. Por esta causa pues, el blasón de los Puertocarrero, marqueses de Villanueva, que, con sus quince jaqueles de oro y azúr y diez y seis escaques de castillos y leones, es hoy, cual quedó indicado, el blasón de la antigua villa de Moguér, hecha ciudad por la mu-

nificencia de Felipe IV en 1642,—queda desvanecido y borrado ante el nombre de Cristóbal Colón, que suena por vez primera bajo las naves de la iglesia del *Convento de Santa Clara*, donde la tradición, afanosa de conquistar y de apropiarse algo de la gloria del descubridor del Nuevo Mundo, para sublimar la memoria de Moguér y enaltecer el mérito de aquel monumento, afirma que oró Colón la tarde antes de emprender su inmortal viaje, y el día después de su regreso de América. Quizás en una y otra ocasión recordase que, genovés como él, fué el Almirante mayor de Castilla Egidio Bocanegra, cuyos descendientes poseyeron con el de la Palma, de que á Egidio había hecho graciosa donación Alfonso XI, el señorío de Moguér, y acaso invocara bajo las bóvedas severas del templo erigido por el famoso Almirante don Alonso Jofre Tenorio, los manes de aquel compatriota que pasando al servicio de Castilla, y contribuyendo con su experiencia y con su esfuerzo á conquistar los laureles que ilustran la memoria del vencedor del Salado, debía en esta tierra, para él extraña, vincular su nombre y su progenie, como hubo de vincularlos también por su parte Cristóbal Colón al servicio de la España.

Quizás en alguno de los leños de su flota, llegaría la víspera del día para él más solemne de su existencia, al abrigado puerto de Moguér, colocado á poco más de medio kilómetro de distancia de la población; y donde hoy atrácan oscilantes las pequeñas lanchas, los *místicos* y los *laúdes* que con otras embarcaciones mayores son allí emblema del comercio,—atracaría el humilde esquife que conducía en uno de sus rústicos bancos, á aquel á quien Dios iba á conceder el más grande de los galardones: el de soldar sin duda los eslabones de la humanal cadena, rotos acaso en el comienzo de las edades.

Podemos, lector, si gustas, tomar nosotros el mismo camino; y surcando las aguas del Tinto, del cual no falta quien crea derivado el nombre de esta población, seguir aguas arriba para llegar al puerto de Palos, y reconocer esta infortunada villa, que ya no vive sino de recuerdos; pero si son grandes las

ventajas que ofrece este itinerario, aún lo son mayores las que reunen el arrecife y el *breack* dispuesto para emprender por tierra la expedición, la cual habrá de ser más breve, aunque no tanto como el deseo quisiera. Seis kilómetros por junto dista de Moguér la villa de Palos, y á la verdad que el trayecto no puede ser más pintoresco ni animado, descubriendo desde las pequeñas eminencias por donde trepa y de donde desciende á intervalos el carruaje, tendida muelle y regaladamente la ciudad de los Puertocarrero en medio de su fértil vega, y dibujando en el límpido azul del cielo su blanco caserío, sobre el cual descuella erguida y esbelta con cierto orgullo, la torre de la iglesia parroquial de *Santa María de la Granada*. Viñedos y pinares, con otras especies arbóreas, allí tan frecuentes, esmaltan la alegre campiña hasta llegar al término de Palos, que confina por septentrión y por levante con el de Moguér, apareciendo á poco la cañada donde se levanta aquella población, en la que algunos han sospechado estuviese la antigua *Olontigi* (1), y donde con mayor fundamento afirman otros estuvo la *Palus Etrephae* de los romanos, conforme al testimonio de Festo Rufo Avieno, quien con efecto escribe:

..... Multa propter est Palus
Etrephae dicta: quin et Iberi civitas

(1) Después de reconocer, conforme á las palabras de Pomponio Mela, que *Olontigi* existió no lejos de la costa, pues «al describir el litoral desde la desembocadura del Betis, hasta el confín de la Bética», así lo expresaba claramente, diciendo: «*Tum sinus alter usque ad finem provinciae inflectitur, eumque parva oppida OLONTIGI, Onuba, Laepa, contigunt*» (lib. III, cap. 3).—D. Antonio Delgado se resuelve por la identidad de Aznalcázar y la población romana de Olontigi, conforme al texto de Plinio, más explícito que el de Mela, y en el cual, luego de mencionar los pueblos que componían el Convento Jurídico Astigitano, se declara en párrafo que debe seguir aparte: «*Ab ora venienti, propè Menobam amnem et ipsum navigavilem, haud procul accolunt Olontigi, Laelia, Lastigi*» (Lib. III, cap. III). De esta opinión era también Rodrigo Caro en parte (*Chorogr.* fol. 219 vto.), por más que al hablar de Moguér dejara ya asentado que «no ay por este contorno lugar, á quien mejor quadre el nombre de Olontigi», que al dicho Moguér (fol. 208). Véase para mayor esclarecimiento cuanto el referido Sr. Delgado escribe en orden á Olontigi en el t. II, pág. 237 y siguientes de su *Nuevo método de clasificación de las medallas autónomas de España*, ya citado.

Stetisse fertur his locis prisca die,
 Quae proeliorum absumpta tempestatibus,
 Famam, atque nomen sola reliquit cepisse.

Y aunque son muchas ciertamente las lagunas y los esteros que por aquella parte existen, y entre los cuales son de notar el denominado *Domingo Rubio* y la laguna de los Carrizales que desagua en el Tinto, no siendo inverosímil en consecuencia que á ellas hiciera alusión Avieno,—quizá se refiriese al «mismo lugar de Palos, que oy retiene su antiguo nombre de *Palus*, que es laguna», según presume el docto cantor de las *Ruinas de Itálica* y afirman después de él la mayor parte de los escritores. Famoso desde que de su puerto,—colocado sobre el que lleva nombre de *canal de Palos*, y donde el Tinto adquiere ya cerca de medio cuarto de legua de extensión, como disponiéndose á entrar dignamente en el Océano,—partió el 3 de Agosto de 1492 la primera expedición en demanda de las Indias occidentales, parece que allí por todas partes debe vivir el recuerdo del glorioso genovés, y que á cada paso han de mostrarse las huellas del ilustre navegante, y los de «aquellos verdaderos Argonautas, que por inmensos, y no sulcados mares, venciendo, no fabulosos, ni encarecidos peligros, sino increíbles por grandes, descubrieron y costearon el nuevo mundo, llamado indebidamente América por Américo Vespucio, á quien no le costó nada» (1); pero lejos de ser así, y defraudando nuestras esperanzas, fuera del nombre dado á la larga calle principal de la villa, que es denominada *de Colón*, en balde es ya toda investigación encaminada en nuestros días á descubrir el más pequeño rastro de aquel trascendental acontecimiento, como no existe cosa que no revele por contrario modo, el aniquilamiento á que, como la prócer Niebla, es llegado este lugar de tanta nombradía fuera de España (2).

(1) CARO, *Chorogr.* fol. 208.

(2) ...«A Palos,—dice recientemente un escritor,—le ha faltado un panegirista

En los comienzos de la XVII.^a centuria, cuando aún llegaban á los muelles del Guadalquivir, en la opulenta Sevilla, cargados de tesoros inapreciables los galeones españoles; cuando por esto mismo, la plétora del numerario empezaba á secar las naturales fuentes de riqueza en la Península, y la sed del oro despoblaba con asoladora frecuencia nuestros campos y nuestros talleres,—la población de Palos había de tal suerte decrecido, que ni aun «cien vezinos» en ella figuraban (1); y aunque, según el Censo de 1877, ha triplicado su número, pues se registra el de 332 con 1250 habitantes,—con doloroso olvido de su grandeza histórica yace abandonada y en mortal atonía, arrastrando anémica existencia que contrasta al primer golpe de vista con la saludable y robusta de Moguér, su cabeza de partido. Inútil es que, partiendo de supuestos ya convencidos de erróneos, se afanen los escritores locales, amantes de su provincia, en la estéril tarea de enaltecer la fama de aquella humilde villa, ponderando la importancia, que no tuvo ni pudo tener, durante los días de la dominación romana, haciéndola, bajo el nombre de Olontigi, «residencia de algunos Gobernadores romanos que la eligieron por ser entonces el mejor puerto de esta zona»; inútil también que, para presentarla como población de categoría dentro del distrito, en los tiempos de la dominación musulímica, se la compare con Niebla, afirmando, sin testimonios

de sus glorias; Palos ha tenido la desgracia de ser puerto español; que, á haber pertenecido á alguna otra de las naciones europeas, lejos del aniquilamiento y miseria en que hoy se encuentra, como si expiara un crimen, indudablemente sería muy honrado y atendido». «En prueba de lo que decimos,—prosigue,—nosotros sabemos de un vecino de Palos que, encontrándose en una ciudad de Francia en ocasión en que ciertos curiosos se entretenían en examinar una fotografía de aquella villa, lisonjeado por las alabanzas que tributaban á sus paisanos, no pudo menos de exclamar: ¡Yo soy de Palos! y al punto, como tocados aquellos hombres por un secreto resorte, volviéronse todos hacia él, mostrando en sus semblantes el asombro que les producía su vista, ni más ni menos que si tuvieran delante de sí á un hombre de raza superior á la suya» (El P. FR. JOSÉ COLL, *Colón y la Rábida*, págs. 77 y 78).

(1) CARO, *Chorograph.*, fol. 207 vto. En tiempo de Colón se asegura tenía 1900 vecinos (COLL, *Op. cit.* pág. 87).

que cohonesten y justifiquen en sana crítica el aserto, que «fué notable además, por haber tenido un gran vecindario, y una multitud de familias nobles» después de la reconquista, entre quienes hubo de repartir la ciudad Alfonso *el Sabio*.

¿A qué buscar la razón de su empobrecimiento y de su insignificancia, ambas antiguas y ostensibles, en el hecho, no acreditado suficientemente por probanza alguna, de que las nobles familias «de Pardo de Quirós, Auñón (fundadora del Monasterio de la Luz), Prieto de Guevara, Guzmán, Henestrosa, Zúñiga, Maldonado, Quesada, Cueva, Núñez de Vargas, Soto Mayor, Manrique de Lara, Estrada, Campo Mayor, Pinzón, Fernández y otras muchas» abandonaron «todas el pueblo algún tiempo después de la reconquista para irse á Jerez de los caballeros, entonces de la Sierra, y á otros puntos, huyendo de la dominación de los señores á quienes se otorgaba la ciudad por servicios á la patria, ó por el favoritismo» (1)?... Ciertó que Palos fué de señorío

(1) D. BRAULIO SANTAMARÍA, *Huelva y La Rábida*, pág. 99. El R. P. Fr. José Coll, antes citado, escribe á este propósito: «Registrando vetustos manuscritos hemos dado con uno, de cuya autenticidad sentimos no poder responder, en el cual se dice que Palos fué edificada por Túbal, cuarto nieto de Noé, por los años de 550 después del diluvio». «Palos fué llamado originariamente Chípalo, por que á los criminales que se hacían dignos de pena corporal, los castigaban reciamente con un palo»... «Palos fué notable además por la multitud de familias nobles que hubo en ella, algunas de las cuales se nombran por orden de las calles en que vivían, y son las siguientes:

«Calle de la Ribera.—En ella tenían su casa solariega los hidalgos Zamame, Negrete, Prieto, Pardo de Quiroz, Quiro, Sagale, Prieto de Guevara, Pinzón y Fernando Auñón, cuyo linaje fundó el grandioso monasterio de la Luz en aquella provincia.

«Calle de San Sebastián.—Tuvieron en ella sus hogares las familias de Hines-trosa, Colón, los dos Herreras, Portillo, Tobar, Prieto de Tobar, Zúñiga, Arellano, Pineda, Ruiz y Maldonado.

«Calle de la Magdalena.—En ella vivieron los señores de Manuel, Rascón, Zamorano y Abreo.

«Calle de Santa Brigida.—Aquí tuvieron sus casas los Aranas, Cuevas, Santa Cruz, Peña, Quijada, Ulloa, Castro Perez, Núñez de Vargas, Pineda, Castillo, Collado, Coronel, Corbera, Sarmiento y Redón.

«Calle Larga.—Residían en ella Soto, Sotomayor, Benavente y Martínez.

«Calle de la Fuente.—Estuvo en ella Castillo y Enriquez, cuyo linaje es progenitor de los condes de Montañera, de Antequera.

«Calle Perdida.—Habitábanla Hidalgo, León de la Cadena, Monroy, Galán, los

particular, y que en el siglo xv, juntamente con Villalba del Alcór, que había sido de Caballeros Templarios, figuraba en los estados de don Diego López de Estúñiga, conde de Miranda, quien, por escritura otorgada en Roa á 5 de Marzo de 1473, hacía á su mujer doña María de Sandoval, donación «é cession, é traspasacion, que es dicha entre vivos» de una y otra villa, con su jurisdicción «cevil, y criminal, alto, é baxo mero mixto imperio», para sí y sus herederos, y con su fortaleza, hoy ya completamente desaparecida (1); pero la verdad es que Palos ni fué ni pudo ser en la época romana, sino mísero pueblo de afa-nosos pescadores; y si hubiese sido por aventura, cual se propone, «el mejor puerto de esta zona» entonces, ni Plinio, ni Festo Rufo Avieno, ni Pomponio Mela, así como tampoco Tolomeo ni Estrabón, lo hubieran dejado de mencionar con elogio, como no habría dejado de subsistir con igual condición y análogo carácter en la edad visigoda y en la musulmana, y como lo proclamarían por elocuente é irrefutable modo las ruinas de los unos y de los

dos Montillas, Manríquez de Lara, Horteiga, Hurtado de Guevara, Mendoza, Estever, Soto, Cruzado, Peñafiel y Morales.

«Calle del Barranco.—Allí residían los Cortés, Pantuzo, Torrecilla, Campomayor, Clarot, Borrero, Cabeza, Carbajal, Estrada y Jurado de Tobar.

«Calle de la Palma.—Contreras, Torres, Piñado y Gallego.

«Todas estas familias,—prosigue,—con algunas más cuyos nombres no hemos podido indagar, desaparecieron de Palos y de toda su comarca poco después del descubrimiento de las Indias, excepción hecha de los Pinzones, los cuales, aunque abandonaron también su casa, contentáronse con fijar su residencia en la inmediata ciudad de Moguér»... «Consigna una antigua leyenda que toda aquella nobleza levantó sus casas y se huyó de allí á causa de los muchos vejámenes y revueltas que tuvieron lugar en Palos, yéndose á fijar su domicilio á Jerez, en la provincia de Badajoz, llamado desde entonces *Jerez de los Caballeros*», bien que por medio de nota advierte: «Lo que sobre este particular podemos decir es que la ciudad de Jerez, en Extremadura, fué fundada por D. Alfonso X de León en 1229, y amplificada por el rey D. Fernando el Santo en 1232, el cual la dió á los Templarios, por cuya razón se apellidó desde entonces de los Caballeros» (*Colón y la Rábida*, págs. 90 á 93).

(1) SALAZAR Y CASTRO, *Pruebas de la Casa de Lara*, págs. 280 y 281, inserta íntegra dicha escritura. El P. Coll afirma que «hubo también en Palos buenos edificios; una famosa calzada en el puerto; el palacio condal; el castillo, que medía cuarenta varas en cuadro, con una torre artillada en cada esquina angular, y una barbacana ó muro avanzado que les servía de defensa» (*Colón y la Rábida*, págs. 93 y 94).

otros tiempos, que depondrían victoriosas á favor de aquella pretendida población, á través de tantas vicisitudes perpetuada.

En cambio, los geógrafos de la antigüedad, y Estrabón entre ellos, hablan de la increíble pujanza con que las crecientes del Océano invadían el país de los Turdetanos convirtiendo en puertos ciudades hoy alejadas del litoral (1), testimonio comprobado por los residuos marinos que con facilidad son en Niebla descubiertos, y por el cual se explica no ya sólo la extensión de las marismas y la frecuencia de los esteros, sino la condición del terreno mismo, que es allí en su mayor parte arenoso, con escasas vetas de tierra arcillosa y poca compacta, de suerte que mientras el término es abundante en pastos, el arbolado es verdaderamente insignificante, y la producción de cereales y viñedo bien exigua. En tales circunstancias y no en otras, es en donde hay que buscar, y habrá de hallarse de seguro, las causas de la pobreza de aquella población, no sólo en nuestros tiempos, sino en aquellos otros históricos invocados por los escritores locales, viniendo á acreditarlo así, por terminante modo, uno de los monumentos de mayor renombre en la provincia, y cuya fama nace tanto de la del inmortal Colón, como de la de Fr. Juan Pérez y Fr. Antonio de Marchena.

Árido, de escasa producción el suelo, que en el interior de aquel que fué distrito occidental de la Bética brinda con toda suerte de producciones,—Palos, no fué sino el Palus *Etrephae* de que habla Festo Rufo Avieno; y su población, consagrada por entero á las arriesgadas faenas marítimas, escasa fué también siempre, y compuesta no más que de humildes pescadores, alejados en aquella especie de desierto, del comercio y comunicación terrestres. Así pues, no nos afanemos, lector, en buscar restos de las edades que fueron en la historia, ni de las razas y de los pueblos que en la sucesión de los tiempos señorearon este rico confín de la Tarthésida, como tampoco habremos de

(1) *Rerum geographicarum*, lib. III, cap. II.

afanarnos en perseguir los rastros que en pos de sí dejaron Colón y sus compañeros: contentémonos con lo que existe; y en tanto que al comienzo de la larga calle principal de la villa, no dejará de sorprenderte el alegre espectáculo con que se presenta, situada á la derecha, la única iglesia de Palos (1),—suspende tus razonamientos y prepárate á venir con nosotros para saludar aquel monumento dentro del cual, á pesar de su pequeñez, cupo la personalidad áugusta del gran descubridor del nuevo mundo.

Informe hoy, á causa de las protuberancias y aditamentos que la desfiguran,—cuando desde el camino se ofrece á nuestras miradas por la parte del ábside, ni despierta interés, ni aun provocaría en nosotros movimiento alguno por desdeñoso que fuera, á pesar de su alegre campanario, de facetado y piramidal casquete, exornado de ajedrezadas labores de azulejo, y sobre todo, á pesar de la configuración del mismo ábside, cuya construcción de ladrillo, como casi todas las de la provincia, revela su ojival progenie. Diciéndolo están, con efecto, no ya, como en el de la iglesia del *Convento de Santa Clara* en Moguér, las graciosas apuntadas fenestras, ni los laboreados canecillos, cosas ambas de que carece, sino los fuertes estribos que apoyan la fábrica, dándole apariencias de militar edificio, como al fin lo proclama, avanzando en un cuerpo sobre la línea de fachada, la puerta que se abre en el costado á la Epístola correspondiente, é inmediata á la cuadrada torre de ladrillo, que se adelanta por su parte á la portada referida, excediendo con sus dos únicas alturas del perímetro general del monumento.

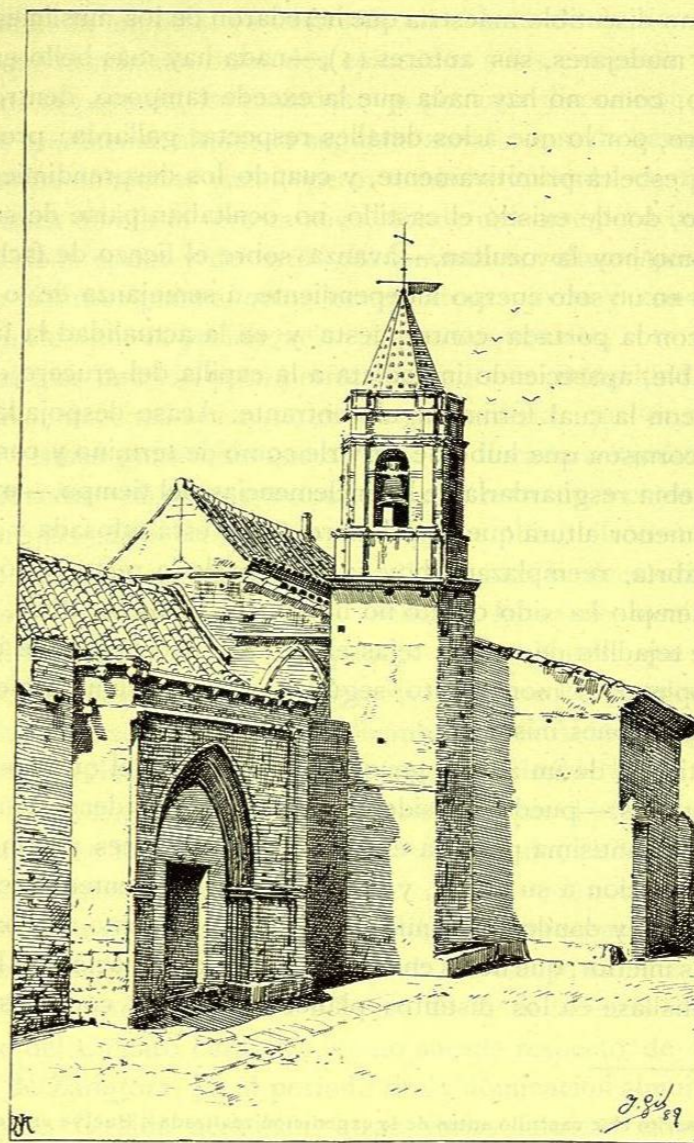
Obra ya de la XV.^a centuria, hállase dicha puerta construída en piedra; su carácter es severo, y fuera de los canecillos que fingen soportar la moldurada cornisa con que cierra el cuerpo de

(1) «Había en Palos una capilla á la parte de Oriente dedicada á Santa Brígida; otra al Norte, junto al embarcadero, consagrada á Nuestra Señora de la Guía, y otra al Sur, dedicada á San Sebastián» (COLL, Op. cit. pág. 95).

construcción que la constituye,—ni el baquetón que hace oficio de *arrabaa* y encuadra aquella entrada; ni los apuntados arcos concéntricos formados de junquillos que se agrupan en la archivolta; ni la imposta que la recorre y se extiende hasta el encuadramiento mencionado; ni la serie de culumnillas que fingen soportar aquellos arcos,—se muestran enriquecidos de labor alguna, que anime y mueva la severidad del conjunto, y la sobriedad de este miembro principal en el edificio. De cortas dimensiones, y proporcionado en consecuencia al vecindario de la villa, viene á aislarle con relación á ella por la parte meridional, á que corresponden los pies de la iglesia, arenoso montecillo inculto y estéril, que se dilata por el costado occidental y en cuya cima estuvo la fortaleza de que hablaba el conde de Miranda, y defendió la población un tiempo, bien que no resulta ostensible vestigio alguno de construcción semejante. Y allí, en aquella fachada lateral de ocaso, coincidiendo probablemente con la portada oriental, de que queda hecha referencia,—obscurecida, abandonada, y próxima ya á desaparecer en ruinas dolorosas, se ostenta como uno de los más interesantes monumentos de la provincia toda, tapiada puerta, conocida por el nombre regocijado de *Puerta de los Novios* entre los naturales (1).

Legítimo representante es, con otros varios de menor importancia arquitectónica, repartidos al acaso por la jurisdicción de la citada provincia de Huelva,—de aquel estilo singular y privativo de la Península Pirenáica, llamado á caracterizarla por tanto, y que ofreciéndose como natural consecuencia de la reconquista cristiana, había de extender su imperio más allá de

(1) Según la explicación que hubo de darnos galantemente el Sr. Cura propio de esta *Iglesia parroquial de San Jorge*, es en Palos creencia admitida la de que por esta puerta penetraban los novios, cuando iban á santificar su amor por medio del sacramento del matrimonio, y salían por la otra después de haber el sacerdote unido en la tierra sus voluntades y sus cuerpos. La explicación sin embargo, no es del todo satisfactoria, pareciendo por el contrario más natural que llamándose en España *novios* también á los recién casados, salieran por esta puerta, para celebrar en el campo y cerca del castillo con alguna fiesta el acontecimiento.



PALOS.—PORTADA DE LA IGLESIA PARROQUIAL DE SAN JORGE

los límites fijados á la Edad-Media, viviendo en otros estilos y fundiéndose con ellos vistosamente. Labrada en ladrillo, con aquella no discutible maestría que heredaron de los musulimes los artífices mudejares, sus autores (1),—nada hay más bello en su conjunto, como no hay nada que la exceda tampoco, dentro de su género, por lo que á los detalles respecta: gallarda, proporcionada, esbelta primitivamente, y cuando los desprendimientos del cerro, donde existió el castillo, no ocultaban parte de su fábrica como hoy la ocultan,—avanza sobre el lienzo de fachada también en un solo cuerpo independiente, á semejanza de lo que ocurre con la portada contrapuesta y en la actualidad la única practicable, apareciendo inmediata á la capilla del crucero de la iglesia con la cual forma ángulo entrante. Acaso despojada del volado cornisón que hubo de servirle como de término y corona, y que debía resguardarla de las inclemencias del tiempo,—muéstrase á menor altura que la del muro á que está adosada y donde se abría, reemplazado hoy y después de la restauración de que el templo ha sido objeto no há muchos años sin duda, por humilde tejadillo de rojizas tejas el cornisón indicado, que hubo de completar el monumento, según demandan su naturaleza y sus proporciones mismas.

Partiendo de un zócalo general y resaltado, del que no quedan vestigios,—puede considerarse repartida la decoración de esta interesantísima portada en tres zonas diferentes y principales con relación á su altura, y todas ellas convenientemente unidas entre sí y dando fisonomía propia al monumento: la primera y más inferior, que no es en realidad sino continuación de la segunda, hállase en los distintos planos de aquel, compuesta á

(1) Escrito este capítulo antes de la expedición realizada á Huelva en Febrero de este año por el Excmo. Sr. D. Santos de Isasa, Ministro de Fomento,—no hemos podido menos de regocijarnos íntimamente al ver tan interesante monumento clasificado en la misma forma que nosotros lo habíamos hecho, por nuestro amigo el arquitecto don Ricardo Velázquez, en quien fructificaron las enseñanzas de nuestro Sr. Padre.

cada parte de hasta tres cilíndricos baquetones ó fuertes juncos, perfectamente labrados, sobre los cuales se extiende saliente y moldurada imposta, ya destruída en el lado de la derecha, con los que armonizan otros dos colocados á los extremos del cuerpo de la portada, levantándose en pos con disposición idéntica, bien que menor altura, la segunda zona, á que da término otra imposta de menos vuelo, pero también formada de molduras. Arranca de allí la tercera zona, donde con arreglo á las exigencias de la época y del estilo predominante, voltean apuntados en tres distintos planos, otros tantos arcos ojivos y concéntricos, formados por la prolongación de los baquetones, roto en la clave el más interior, y en perfecto estado de integridad los restantes; exornado el superior en su periferia, que es ondulada, por vistosa guarnición que á modo de flocadura resalta sobre la archivolta,—destaca gracioso sobre el resto de la construcción y sobre los paños de la misma, en que se abre, ofreciendo en éstos, así como en las enjutas, por las cuales la decoración á un lado y otro se extiende, muy delicada labor de resalto, simulando estrellas de cuatro puntas desemejantes, que al mismo tiempo que recuerda las elegantes trazas de las yeserías que esmaltan los aposentos de la Alhambra y del Alcázar del rey don Pedro en Sevilla, traen á la memoria irresistible la de los paneles ornamentales con igual disposición y con el propio oficio empleados en las portadas y en las arcadas del estilo ojival, puro y sin mezcla de mudejarismo.

Dicha decoración, de que también hicieron uso frecuente los alárifes mahometanos, según revela no escaso número de monumentos pertenecientes ya á la era de la decadencia del grande arte del Califato cordobés, como sucede respecto de la Aljefaría de Zaragoza, ya al período de la dominación almohade, cual con la Giralda acreditan otras varias fábricas existentes de aquellos tiempos,—tiene por base fingida arquería, que en esta *Puerta de los Novios* de la *Iglesia de San Jorge*, en Palos, aparece en la parte correspondiente á la enjuta de la derecha sopor-